

tegradora de los diversos elementos confluyentes y, en tal sentido, a una explicación plural de lo que en sí es heterogéneo, los prejuicios de una idea empirista de la historia condicionan en última instancia la validez y el alcance final de las hipótesis.

El siglo XVIII europeo constituye para el jurista y para el político una suprema lección. Una lección sugestivamente explicada por el profesor George Rudé y de la que cabe obtener valiosísimas conclusiones. He aquí, a modo de conclusión, la que juzgamos más importante, a saber: que erramos al concebir la sociedad como un conjunto mecánico de elementos susceptibles de ser alterado arbitrariamente por sus miembros. La sociedad es un organismo cuyas partes están, lo queramos o no, profundamente configuradas y dispuestas en orden a su vida común. La sociedad es un organismo viviente que tiene un pasado, un presente y un futuro. Por eso, la propensión a destruir de un modo desaprensivo la fábrica social o hacer experimentos temerarios con la misma, debilita sensiblemente la vida social en su conjunto: impide que se formen hábitos, que se alimenten esperanzas y se confíe en el inexorable devenir. De todo esto, a través de un momento estelar de la vida europea, se nos habla con ejemplar autoridad académica en las páginas de este interesante estudio monográfico.

José María Nin de Cardona

**Alfredo Garland: COMO LOBOS RAPACES. PERÚ, ¿UNA IGLESIA INFILTRADA? (\*)**

Tal como señala el prólogo, *Como lobos rapaces* viene a ser un intento de relatar y entender —si acaso es posible— la poco natural asociación entre cristianismo y marxismo. Aunque se ocupa fundamentalmente del drama peruano, se ve la necesidad de fijarse en hechos que se dan en un concierto internacional, porque el fenómeno del progresismo es un mal que sufre toda la Iglesia.

Ante el fracaso del ataque frontal, las fuerzas anticristianas cambiaron sus métodos. Escogieron un camino más sencillo y efectivo: crear confusión, división, discordia en las filas cristianas.

El primer asalto frustrado, el modernismo condenado por los pontífices, aconsejó esperar a tiempos más propicios que llegarían con ocasión del Concilio Vaticano II. Con la carga acumulada por tanto tiempo de silencio, se lanzaron a arrasar con todo. Bajo el nom-

(\*) Lima, Ed. SAPEI, 1978, 240 págs.

bre de "progresismo" se va desarrollando una corriente poderosísima, sobre todo por los ingentes recursos económicos y publicitarios de que dispone. Trasladado a Hispanoamérica, es en este continente donde va a alcanzar su mayor extensión. América Latina se convierte en el medio propicio donde mejor se perfila el progresismo, asumiendo al marxismo y al modernismo, tomando el nombre de "liberacionismo". En este progresismo hay un matiz singular: la obsesión por reducir la teología a sociología y economía. Es por eso que se vincula con la corriente ideológica de moda en esas materias: el marxismo.

El primero de octubre de 1962 el anciano Juan XXIII inauguraba el Concilio Ecueménico Vaticano II. Para muchos suponía el ansiado "cambio". Para otros era una nueva reedición del modernismo. Pocos, muy pocos, lo comprendieron.

Hoy han pasado trece años desde que acabó el Concilio. No se sabe dónde, se comenzó a difundir una nueva terminología en el lenguaje. Pronto la prensa se encargó de hablar de "posturas preconciliares" y "posturas postconciliares". Estos términos vinieron así a expresar no una mera diferenciación cronológica, sino una diferenciación de actitudes y de perspectivas básicas. La prensa se encargó de dotar con carta de ciudadanía postconciliar aun a los extremistas conocidos como "contestatarios" y "progresistas", empeñados en aplicar, valiéndose de la ocasión del cambio, reformas inspiradas o no en el Vaticano II, pero que se ajustaban a sus particulares puntos de vista. En la Iglesia, como una caricatura del «Mayo francés», los grupos contestatarios comenzaron a salir a la palestra después del Concilio. Son grupos más o menos radicales que no desean salirse de la Iglesia; quieren criticar y transformar la Institución desde su interior. Algunos de estos grupos se limitan a criticar las estructuras eclesiales con el objeto de lograr su reforma, de acuerdo con sus gustos o puntos de vista. Otros, más radicales, persiguen un cambio de estructuras sociales a partir de un compromiso político concreto, pretendiendo convertir la Iglesia en un movimiento político, la cruz en ariete subversivo, según el título del conocido libro de Federico Munggenburg. La primera de estas actitudes supone el estallido del subjetivismo como postura fundamental, debidamente matizado por las diversas problemáticas personales no resueltas (reivindicaciones como desaparición del celibato sacerdotal, acceso de la mujer al sacerdocio, desaparición de la censura a los teólogos, tolerancia de la homosexualidad, etc.). La segunda línea, la de un compromiso radical de significado político, acorde a la estrategia fundamental de crear un magisterio paralelo, da vida a toda una serie de revistas y publicaciones de cariz contestatario: en Francia, la re-

vista *Lettre*; en Colombia, *Frente Unido*, fundada y dirigida originalmente por Camilo Torres; en Buenos Aires, *Cristianismo y Revolución*, y en Chile, la revista *Mensaje*, editada por el Centro Belarmino, de los jesuitas de la "nueva compañía", que se convertiría en tribuna de la élite progresista de todo iberoamérica. Dentro de esta línea se sitúa también el boletín *ICI* (Informations Catholiques Internationales), así como las editoriales I-DOC Internacional en Roma, I-DOC France, las Ediciones L'Epi de París, etc.

La actual situación del progresismo en Hispanoamérica parece haber sido el final de un largo camino recorrido por un sector del moderno "catolicismo social", aparentemente iniciado en el continente con las experiencias en la Argentina del redentorista alemán Federico Grotte, uno de los promotores de aquellos círculos católicos de obreros, surgidos como estela de la encíclica *Rerum Novarum* de León XIII, y que pronto se extendieron por toda América.

Años después fue la Acción Católica, iniciada bajo el Pontificado de León XIII, y que tuvo en San Pío X a su principal impulsor, la que concentraría el entusiasmo de los laicos, empeñados en la idea de introducir la verdad cristiana en aquellos lugares donde era ignorada.

Al principio sin clara ideología, con un compromiso eminentemente religioso, pronto la Acción Católica sufrió el influjo de aquella distinción maritainiana de "actuar como cristiano" y "actuar en cuanto a cristiano". Maritain fue así, como señaló Salleron y recuerda nuestro autor, el portador del germen. El germen que llevaba no alteró su salud personal, pero lo transmitió a ambientes que con él produjeron una epidemia.

Al final de la II Guerra Mundial, la doctrina política de Maritain se hace cada vez más patente entre los movimientos seculares. Se comienza a imponer la idea de una cristiandad profana, a la vez que la autonomía completa de lo temporal. La Acción Católica se dedicará a partir de ese momento, a divulgar la Doctrina Social de la Iglesia, leída bajo la óptica distorsionante de la filosofía de la historia de Maritain y del divulgador de la expresión "personalista" y "comunitaria", Emmanuel Mounier. Con este último queda tendido el puente comunicativo entre marxistas y cristianos.

De toda esta nueva orientación sealar nacerá, posteriormente, la Democracia Cristiana, momento que coincidirá con la celebración de las primeras Semanas Sociales. La primera de ellas en el Perú tuvo lugar en 1959 y a ella asistieron, como invitados, principalmente los exponentes de las ideas democristianas con las que un sector de la jerarquía comenzaba a sentirse identificado. Las exposiciones se ba-

saban en las ideas desarrollistas y neokeynesianas que suscitaban un nuevo entusiasmo.

Este interés creciente por el desarrollo había sido llevado al primer plano por los gobiernos populistas que se extendieron en Hispanoamérica alrededor de la década de los cincuenta y primera mitad de los sesenta: Odría y Belaúnde en el Perú, Paz Estensoro en Bolivia, Velasco en el Ecuador, incluso Perón en la Argentina...

El desarrollismo encuentra su mayor auge con la Alianza para el Progreso, organismo creado en 1961 por el presidente católico estadounidense John F. Kennedy durante la reunión de Punta del Este, con el fin de impulsar una determinada estrategia para el desarrollo en Latinoamérica.

La Iglesia, por su parte, se siente contagiada por el esfuerzo desarrollista. Pronto se multiplicarán, promovidos por clérigos, los centros de estudios sociales para promover la justicia social y el desarrollo en el continente, como el "Centro para el Desarrollo Social de América Latina" (DESAL), fundado en Chile por el jesuita Roger Vekemans, personalidad contradictoria y mariteniano convicto y confeso al parecer. A su vez, durante los años cincuenta, Vekemans fundó el ya mencionado Centro Belarmino de Santiago de Chile, posteriormente convertido en el semillero de los "Cristianos por el Socialismo", y cuya revista *Mensaje* pronto llegó a ser rectora de todo el movimiento socialista y contestatario en el seno de la Iglesia en la América Latina. Actualmente Vekemans, instalado en Bogotá, dirige un instituto similar, el CEDIAI, donde se publica el boletín *Nueva Tierra*, que, en lo que parece ser el trágico sino del maritenismo, al tiempo que ataca frontalmente el marxismo, contribuye con sus reflexiones a su difusión.

El brusco final del desarrollismo vendrá como conclusión de las funestas consecuencias que en los países subdesarrollados trajo consigo una precipitada industrialización de las ciudades más importantes, que vieron crecer junto a ellas enormes cinturones de miseria y de injusticia. Los economistas y sociólogos marxistas culparon a la estrategia del desarrollo de esta situación, comenzando a primar entre algunos clérigos que el análisis económico y social del marxismo estaba más en la verdad que la teoría desarrollista, especialmente entre las élites izquierdistas del clero iberoamericano formadas en la Universidad "católica" de Lovaina, en Bélgica, en la que la "Nueva Teología" dominaba a pesar de las condenas de Pío XII.

A diferencia ahora de la época de la Acción Católica y la Democracia Cristiana, que estuvo dominada por el esfuerzo de los seglares, serán los clérigos los que tratan de llevar adelante los esfuerzos so-

ciales de la época postdesarrollista... Será una época dominada por los movimientos sacerdotales y por la "Teología de la Liberación".

Este vuelco a la izquierda de los clérigos autotitulados "progresistas", tendrá en el pensamiento del alemán Karl Rahner, máximo expositor de la "Nueva Teología", el sustrato doctrinal necesario. Ocurrió con Maritain y hoy ocurre con Rahner.

En 1968 Gustavo Gutiérrez, amigo personal de Camilo Torres desde sus años en la Universidad de Lovaina en la que coincidieron, relacionado con el Centro Belarmino y con la Agencia Pax —fundada por el conde Piasecki, secretamente dependiente de la Oficina de Cultos del Partido Comunista polaco, condenada por la Santa Sede en 1963 y trasladada entonces a París, desde donde auspició la publicación del boletín *ICI*—, participa en uno de los innumerables encuentros sacerdotales celebrados en vísperas de la II Celam, en la localidad de Cieneguilla, en unión de otros sacerdotes, cuya importancia iría en aumento a partir de aquellos días, como Jorge Alvarez Calderón, Alejandro Cussianovich y el actual obispo auxiliar de Lima, Monseñor Germán Schmit. Todos ellos, junto a los organizadores del encuentro, se convierten en fundadores del movimiento sacerdotal ONIS (Oficina Nacional de Información Social), grupo sacerdotal organizado cuyo pensamiento y acción habrían de sellar con su impronta los hechos de un sector de las jerarquías de la Iglesia, frente a quienes aprenderían a manejar la táctica, ya de la sutil presión, ya de la más burda adulación apelando a la vanidad, que es el punto flaco de los que ejercen algún tipo de poder.

El naciente movimiento ONIS hizo suya con prontitud la postura socio-teológica que empezaba a plantearse, rompiendo la distinción entre lo temporal y lo espiritual, aportada por el mariténismo, pero en favor del vaciamiento de lo espiritual y su absorción por lo temporal.

Análogamente al ONIS peruano, en otras naciones otros movimientos, como "Sacerdotes para el Tercer Mundo", en la Argentina, el grupo "Golconda", en Colombia, o los "Sacerdotes para el Pueblo", en México, junto con iniciativas como el "Instituto de Pastoral Latinoamericana" (IPLA), cofundado por el obispo de Riobamba, Monseñor Leónidas Proaño, y el "Centro Intercultural de Documentación" (CIDOC), fundado por el misterioso ex-monseñor austriaco Iván Ilich en la ciudad mexicana de Cuernavaca, sede del heterodoxo y procastrista Monseñor Sergio Méndez Arceo, fueron configurando la llamada "Iglesia Joven". Junto al mencionado Ilich, con una enigmática e interesante biografía esbozada por el autor, condenado por la Santa Sede en 1968, tomaron gran importancia el brasileño Paolo Freire, el confuso moralista hispano-colombiano Cecilio de Lora,

Hugo Assman en Brasil, Juan Luis Segundo en el Uruguay, etc., junto con el propio Gustavo Gutiérrez, personaje clave que en 1971 culminará su "maduración" filomarxista, desde sus iniciales posiciones desarrollistas, con la publicación del libro "Teología de la Liberación. Perspectivas", impugnado al poco tiempo por el padre Poradowski desde Chile.

Otro de los personajes, convertido en todo un símbolo contestatario por los medios periodísticos, es Helder Cámara Pessoa, arzobispo de Olinda y Recife. Ordenado sacerdote a los veintidós años, el joven clérigo profesó hondas simpatías por el movimiento neofascista de Plinio Salgado, emulador brasileño de Hitler. Desde entonces, el futuro arzobispo mostró una natural inclinación por las actitudes radicales que no abandonaría nunca. Trasladado a Río, trabajó con entusiasmo en la Acción Católica, participando igualmente del ideal desarrollista tras su nombramiento como obispo auxiliar de Río. Al ser destinado a la Archidiócesis de Olinda y Recife se vuelve a encontrar con la miseria del nordeste del país, fundando el llamado "Movimiento Educativo Base", penetrado luego de ideología marxista, aportada por los consejeros de los que Helder Cámara se va rodeando. Es entonces cuando la prensa comienza a centrar su atención en este arzobispo progresista, esgrimiéndose su figura como símbolo de la "Iglesia Latinoamericana". Pero en este tiempo Cámara comienza a unir a su mensaje la costante denuncia del régimen militar brasileño.

Junto a monseñor Helder Cámara, varios obispos más mostraron su adhesión a la llamada "Iglesia Joven". Entre todos ellos destaca el inefable Méndez Arceo, obispo de Cuernavaca, quien admitió en su diócesis al CIDOC de Ilich a pesar de la condena de la Santa Sede, hasta su cierre definitivo por falta de fondos en 1976. Ya con anterioridad, el grotesco Méndez Arceo había tenido un papel similar con motivo del escandaloso caso del benedictino Lemercier, formador en Cuernavaca con otros ex-monjes del llamado "Centro Emaús", dedicado a experimentos freudianos de sicoterapia.

O el obispo brasileño Adriano Hipólito, quien descaradamente colocó en su escudo episcopal un diseño con la hoz y el martillo.

Otra figura de relieve entre los obispos partidarios de la llamada "Iglesia Joven" es monseñor Leónidas Proaño Villalva, obispo de Riobamba, considerado como el prelado más progresista del Ecuador, famoso a raíz de la turbia reunión financiada por la Conferencia Episcopal Norteamericana y que se celebró en dicha ciudad andina con la asistencia de Méndez Arceo, Joseph Comblin y Jorge Alvarez Calderón, entre otras personalidades progresistas, y que costó la expulsión del país de dos arzobispos, 13 obispos, una veintena de sa-

cerdotes y dos religiosas que habían mostrado su abierta fascinación por el régimen castrista, diseñando en la reunión una estrategia para la revolución en el continente.

Monseñor Proaño fue, además, impulsor del IPLA, al que desde su origen se dio una clara orientación liberacionista, centro de convocatoria de los sacerdotes más radicalizados, como el belga Comblin y Julio Girardi, el teórico de los "Cristianos por el Socialismo".

El clericalismo, abuso del estado de clérigo y cerrazón sobre el mismo, será el patrón rastreable en todos estos movimientos y personajes del entramado progresista. Movimientos y personajes que constituyen un auténtico ejército del progresismo, una verdadera internacional, cuyo expreso momento fundacional puede situarse en la reunión de Lima de 1973 con la creación de la "Federación de Movimientos Sacerdotales Latinoamericanos", coordinada por una especie de club de poder eclesial que en los Estados Unidos se han bautizado con el nombre de *Establishment*, y cuya "Inteligencia" está constituida por una serie de centros de estudio y documentación, encaminados a difundir el pensamiento progresista, dominando el frente intelectual. Una auténtica internacional progresista cuya financiación costosísima proviene, en parte, de Agencias Católicas Internacionales, como la alemana *Misereor*, o de órdenes religiosas, como la Sociedad Maryknoll, que apoyan a determinadas empresas contestatarias, pero la mayor parte de la cual no puede rastrearse ni explicarse tan fácilmente. El hecho es que los progresistas disponen de muchísimo dinero y fácilmente traen a la memoria el dicho popular: "Sacristán que vende cera, que no es de la cerería, ¿de dónde *peccata mea*, sino de la sacristía?".

Tras la interesante y documentada narración que hemos resumido a propósito de la génesis y desarrollo del progresismo y en la que obviamente hemos tenido que prescindir de muchos detalles no menos significativos, la segunda parte del libro se dedica en particular al caso peruano. A lo largo de algo más de cien páginas se relatan los pasos seguidos en el Perú por la subversión cristiano-progresista, íntimamente ligada allí al desarrollo del grupo ONIS y otras siglas que muchas veces operaron como simple fachada para la consecución de objetivos específicos.

El proceso subversivo, en el que la implicación más o menos consciente de figuras como las de monseñor Bambarem, monseñor Schmit o el propio monseñor Landázuri, cardenal de Lima y principal figura de la jerarquía peruana, resulta incontestable, culmina con las recientes maniobras orientadas a influir en la reunión de Puebla, para la que se contó con experiencias similares, puestas en práctica

con ocasión de la anterior reunión de la CELAM, celebrada en Medellín en 1968.

El final de la aventura progresista en el Perú corresponde al grupo CALAMA, expresión de la coherencia final con las premisas que el catolicismo liberal había sentado casi un siglo atrás. El Equipo CALAMA, integrado por sacerdotes radicalizados hasta posiciones maoístas —aunque ello no sea obstáculo para que Karl Rahner ejerza sobre el grupo una especie de directorio espiritual— simboliza, sin embargo, al tiempo, la profunda crisis del marxismo en nuestros días, el callejón sin salida en el que ha entrado el socialismo en la actualidad.

Frente a esta situación de clara decadencia del marxismo en el plano teórico, que paradójicamente coincide con sus mayores éxitos políticos y militares, frente a la ramplona estrechez de su dogmatismo inoperante o al oportunismo ideológico de su revisionismo, el autor señala la importancia de la experiencia de CALAMA, que en modo alguno debe pasar desapercibida. Sigamos en este punto crucial las propias palabras de Alfredo Garland: "Así como la «Teología de la Liberación», versión pseudo-cristiana del marxismo, está muriendo, también desfallece el mismo marxismo. En sus orígenes la falaz ideología cobró fuerza de dos hechos: el mesianismo judío de su fundador y la situación de injusticia reinante en el pasado siglo XIX. Luego, gracias a la revolución rusa de Lenin, que le otorgó una sede territorial y una base económica de impulso, el marxismo-leninismo empezó a consolidarse y expandirse. A partir de la II Guerra Mundial, y gracias al oscuro apoyo de Roosevelt y Truman, se inició su gran expansión. Montada sobre una base de entusiasmo casi religioso que fue perdiendo ante el avance de la comodidad burocrática, el marxismo de los años cincuenta sólo ofrecía el mito de una sociedad justa. Transcurridos los años hasta hoy, ya ni eso puede ofrecer. El marxismo ha fracasado, y eso lo saben todos aquellos que honestamente se enfrentan con la verdad. Nada parecía poder hacerse con la inevitable crisis teórica, cuyo eco práctico se dejaba ver. No por nada habría escrito Lenin: "Sin teoría revolucionaria no puede haber tampoco movimiento revolucionario". Y, justamente, la teoría marxista estaba en la más absoluta crisis, mostrando la más tremenda insustancialidad. Es allí donde entra el grupo de clérigos que dan origen a "CALAMA". Profundamente imbuidos de una orientación espiritual, y quizás guiados por una sincera esperanza, caen en la tentación de lo que se llama la "mística terrestre", intramundana. No desaparece, sin embargo, su orientación, viven una experiencia seudoreligiosa, en la que el vacío de la fe gnoseonal, paso previo de la fe plena, deja lugar a la convicción marxista. Es un



caso típico de energía evangélica desviada. Un cristianismo hueco que se llena de marxismo, confundándose el uno y el otro en un sincretismo incomprensible. Los militantes de CALAMA han perdido la confianza en la religión de Cristo tal cual es transmitida por la Iglesia, y se han confeccionado una propia "religión" con elementos "behavioristas" y marxistas, ordenada a la "revolución mundial". En todo su quehacer parecen haber estado conscientes de una frase de Hegel: "Revolucionando el mundo de las ideas, la realidad ya no puede resistir".

Dentro de las contradicciones del movimiento socialista resulta paradójico que así como debió su impulso inicial con Marx a una desviación del profetismo y de la escatología judía, hoy que aparece como extinguiéndose teóricamente a pesar de su enorme expansión territorial, una desviación desnaturalizante del cristianismo le ofrece la posibilidad de una triste y funesta vitalidad. De ocurrir esto, el marxismo ratificaría su naturaleza de movimiento religioso sin Dios, más aún, de revuelta contra Dios; tesis ésta bastante difundida. Y aun cuando ello no ocurra, su misma posibilidad es reveladora de la naturaleza irracional del mito marxista que apela a los impulsos más oscuros del alma, que no es otra cosa la desviación herética de la que amenaza nutrirse".

El libro de Alfredo Garland, en la misma línea del ya citado de Federico Muggenburg, los publicados por la TFP y la obra de Teresa Donoso sobre la historia de los Cristianos por el Socialismo en Chile, constituye, sin duda, una obra clarificadora y enormemente útil para el conocimiento detallado, cada día más indispensable, del despliegue progresista y sus principales artífices en un escenario de tanta transcendencia para nosotros y para la Iglesia entera como es esa América hispánica que por su enorme potencial humano ha sido llamado por los papas "el continente de la esperanza".

Esperanza a la que se refiere el autor en el epílogo de este libro escrito todo él con la amabilidad de una novela y esa claridad en la verdad, hoy desgraciadamente poco frecuente en estas obras de denuncia, pero que será siempre el mejor distintivo de los verdaderos cristianos.

Javier Urcelay Alonso